

Ricardo Legorreta (1931-2011)

Vislumbres del arquitecto

Jorge Tamés y Liliana Trápaga

La globalización no es una forma de absorber para deshacernos de nuestras raíces, es una oportunidad, para, basados en nuestras raíces, realmente presentar a México al nivel que se merece.

Ricardo Legorreta

Paradójicamente, aquellos seres que pueden enseñarnos casi ilimitadamente después de haber vivido de manera provechosa y productiva y haber cosechado frutos invaluablemente dignos de ser compartidos con quienes recién empiezan, se van; y entonces uno tiene que leer entre líneas a través de sus obras aquellas lecciones que nos heredan estos seres excepcionales.

La propia Facultad de Arquitectura ya lo había premiado con los galardones más importantes que concede a arquitecto alguno: la Cátedra Extraordinaria Federico Mariscal que dictó en 1992 cuando expuso en varias sesiones el tema “Arquitectura, raíces y fuentes de inspiración”. La medalla de plata Manuel Tolsá que recibió en 2004 de manos del propio rector.

En esa ocasión, en un día del mes de noviembre, cuando se le concedió la medalla dijo: “El estudiar en el edificio de la Academia, en pleno Centro Histórico, fue fundamental en mi vida. Descubrí una forma diferente de enseñar, de aprender, que unidas al enorme amor de mi padre por México y participar en la vida del Centro Histórico, fueron los cimientos para esta pasión que siento por mi patria y su arquitectura”.

“Mi patria y su arquitectura”. Precisamente, ese binomio es parte del legado de Legorreta, concepto fundamental del duende de su obra tan reconocida en nuestro país como en el extranjero.

El pasado 21 de septiembre, la víspera de ser investido doctor *honoris causa* por nuestra máxima Casa de Estudios, Legorreta acudió a la facultad a platicar con los estudiantes sobre su obra. Muy temprano, como sucede siempre que nos visitan las grandes figuras del diseño en general en la puerta del Teatro Carlos Lazo co-

menzaba una larga e interminable fila de estudiantes y maestros que querían asistir en persona a escuchar y ver a Legorreta. Como el aforo de nuestro teatro sería insuficiente, todos los que no tuvieron cabida en él vieron el acontecimiento por transmisión simultánea en televisores distribuidos en nuestras instalaciones. Ésa fue la última vez que Legorreta pisara Arquitectura, la escuela donde se formó cuando ésta se ubicaba en el Centro Histórico y por la que tenía tan gran cariño y agradecimiento.

Como si lo supiera, dictó quizá la mejor de las conferencias que le escuché. En ellas, por supuesto, hablaba de su obra, pero en esta ocasión en especial habló de sus edificios comparándolos con aquellas obras o detalles de edificios y de arquitectura mexicana consagrados a lo largo de los siglos. Aún más, fueron muchos los mensajes que dirigió especialmente a nuestros estudiantes. Hoy, a la distancia podríamos pensar que acaso era una despedida que quería saborear y aprovechar al máximo compartiendo su pasión por el diseño con alumnos y maestros.

En verdad, pareciera que ese día resumió lo más profundo y valioso de su sentir en general, su preocupación por la humildad, por reconocer que su obra es el resultado del trabajo en equipo. De un equipo de diseñadores que han trabajado con él en su despacho, y sabemos que uno de ellos, desde 1991 es su propio hijo Víctor.

Constantemente comentaba sobre los viajes, los viajes que para él siempre fueron muy valiosos. Hablaba de la importancia de perderse entre nuestras carreteras, caminos e incluso callejones para aprender de los pueblos, grandes y pequeños; donde observar a sus habitantes, sus vestimentas, sus colores, sus costumbres, sus tejidos, su música y su comida, eran una muestra de los grandes tesoros de “mi patria” —como él la llamaba— y que posteriormente eran evocados y posteriormente plasmados en su arquitectura. Él mismo comentaba que cuando venían a México amigos tan importantes como Richard Rogers los llevaba precisamente, a enseñarles,

a presumirles estos rincones donde nuestras raíces se manifiestan de la manera más pura.

En efecto, en su arquitectura podemos constatar su fidelidad por nuestras raíces, puesto que sus diseños son la amabilidad para con el usuario, recorridos pareados de aromática y colorida vegetación que rematan en un espacio irrepetible o nos regalan una sorpresa al doblar nuestro camino. Sus espacios nos provocan cuatro de nuestros sentidos, aunque casi podríamos afirmar que son los cinco puesto que siempre dejan en nosotros un maravilloso sabor de boca.

Así, a través de sus diseños recuerda nuestra cultura cuando encontramos edificios en los que el macizo predomina por sobre el vano, cuando estos macizos son horadados con troneras o celosías que facilitan el paso del aire refrescando un espacio, y provocan cambios de luces por sombras, de la misma manera que lo hace cuando recurre a las pérgolas donde la luz del sol se matiza y hace más grato el lugar. Por el contrario, cuando el vano es

generoso es para robar el paisaje exterior y enriquecer así la vista de quien vive adentro.

Y hablando de luces, su arquitectura es una de día y otra de noche, precisamente porque su trabajo abarcaba en su estudio todo detalle. De manera que aquel camino que de día te roba la atención hacia un remate, de noche te ilumina el camino rasando tus rodillas e iluminando tu andar mientras al fondo una luz pinta la sombra de una retícula que proporcionaba cierto misterio al lugar.

El agua es otro material *propio del lugar* que esgrimió en su arquitectura tanto para refrescar un espacio como para aumentar a las bondades visuales el sonido del agua que lo mismo podía ser bravo que un sonido sutil que invitaba a la calma. En otras ocasiones el tratamiento que dio al agua produjo espejos donde se duplicaban sus edificios o la misma naturaleza.

Misterio: esa sensación que producen varias de sus obras, es aquel manejo del espacio que te produce esa impresión casi monacal lo mismo que la arquitectura de Luis Barragán o de Mathias Göeritz quien la denominó como arquitectura emocional.

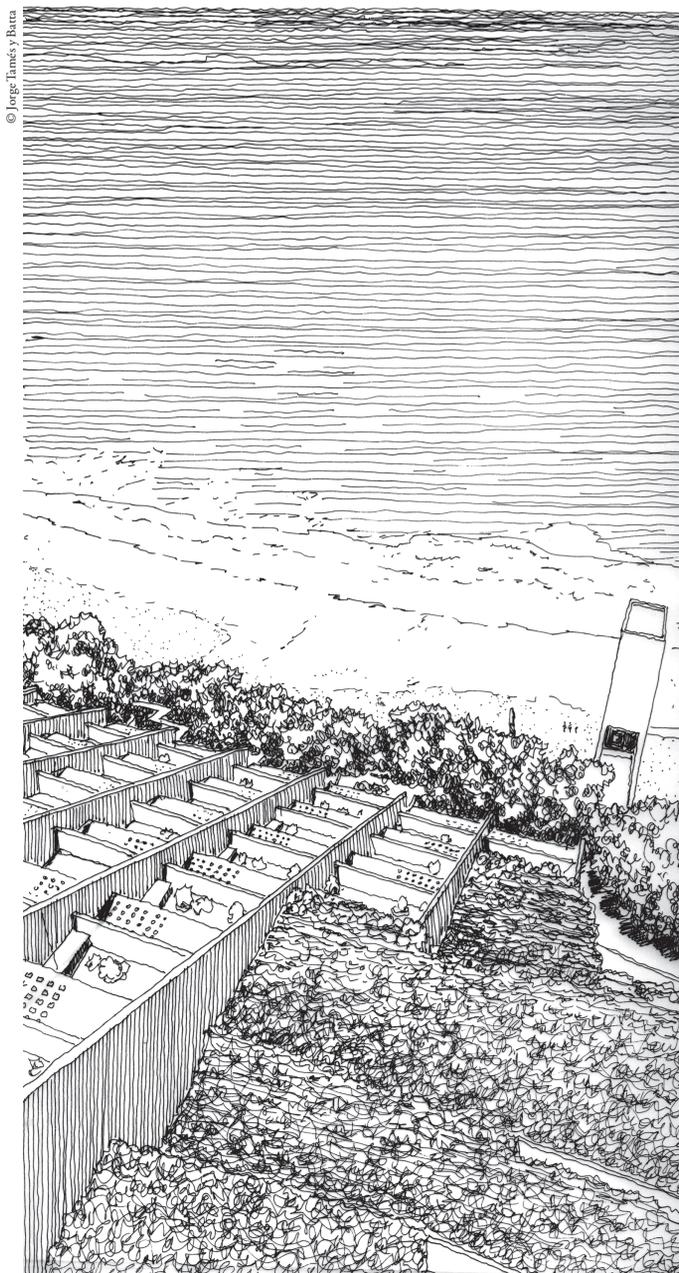
Y este orgullo por lo mexicano lo acusa también a través de texturas de distintas asperezas, así como utilizando materiales propios de nuestro país: ónix, canchales, adobes, madera, y la mezcla de todos estos factores dieron como resultado una arquitectura mexicana y tremendamente moderna.

Por otro lado, hablar de Ricardo Legorreta como arquitecto es ciertamente limitado, ya que también fue paisajista, lo mismo que diseñador industrial. No olvidemos la cantidad de mobiliario que diseñó para los espacios que proyectaba. Lámparas, sillas, muebles, mesas, adornos, etcétera. Además de adornos que él mismo escogía para estos espacios, realizados por artesanos mexicanos a petición expresa de él mismo.

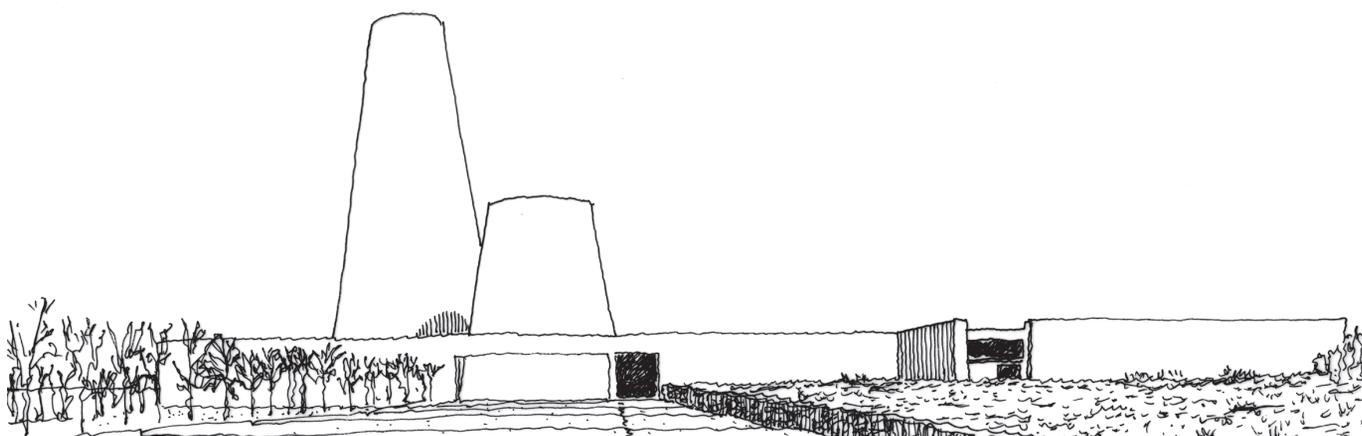
Sabemos que Legorreta trabajó en el despacho del arquitecto José Villagrán y que posteriormente, tras haberse asociado con él, fundó su propio despacho. Asimismo, fue amigo del propio Luis Barragán.

Su obra puede platicarnos de parteaguas importantes dentro de su propia trayectoria. Sería imposible hablar en este espacio de toda su obra pero mencionaremos edificios icónicos de la misma.

El Hotel María Isabel, en conjunto con el edificio de oficinas de la Ford, en el Paseo de la Reforma, realizado con José Villagrán, Juan Sordo Madaleno y Adolfo Wiechers, en donde él no fue el principal proyectista, nos habla de una arquitectura totalmente funcional e internacional; por otro lado, el edificio de Celanese Mexicana, ubicado en Avenida Revolución 1421, fue una torre que llamó la atención en su momento (1966) por la limpieza de su emplazamiento entre dos construcciones y, sobre todo por la audacia estructural que hace



Hotel Westin Brisas, antes Camino Real, Ixtapa, Guerrero, 1981



Fábrica Automex, Lerma, Estado de México, 1963

sentir que un pequeño cubo sostiene un gran edificio de manera aparentemente inexplicable. Esta hermosa construcción realizada con Roberto Jean es francamente internacional. (Ya este recurso estructural había sido utilizado por los arquitectos Enrique de la Mora y Alberto González Pozo en el edificio de Seguros Monterrey en 1962).

No obstante, Ricardo Legorreta inicia ya su propio estilo en su despacho y, sobre todo, en el Hotel Camino Real de Mariano Escobedo. Hay que recordar que ambos hoteles como otros más formaron parte del programa de incremento de habitaciones para el alojamiento de los turistas que acudirían a las Olimpiadas de la Ciudad de México en 1968. Ambos hoteles formaban parte de los de mayor jerarquía; por su calidad ellos serían emisarios de la impresión que México daría al mundo.

En éste, el Camino Real, se volcó en toda la extensión de la palabra para desarrollar la llamada arquitectura emocional, con un concepto totalmente distinto a los hoteles realizados hasta entonces en la Ciudad de México. No era una torre, por el contrario se trataba de un edificio horizontal que prácticamente pasa inadvertido en las avenidas donde se ubica y cuya vida es totalmente introvertida. Su entrada principal —y aquí empieza lo que conoceríamos como la arquitectura de Legorreta—, es un espacio abierto al que se llega traspasando una hermosa celosía color rosa y nos sorprende una fuente circular que con su movimiento evoca el mar, un vestíbulo que invita a la calma; la fuente es obra del artista japonés Isamu Noguchi. A partir de ahí desaparecen por completo los autos y te recibe el gran vestíbulo interior donde los muros gruesos, el mobiliario, las texturas, los adornos, en fin, todo es totalmente México e increíblemente moderno. Hoy en día, más de cuarenta años después, continúa siendo moderno y totalmente acogedor. Recorridos amables donde el espacio se enriquece con murales de Rufino Tamayo y Mathias Göeritz, a la sazón, autor de la celosía vestibular. Posteriormente habría una nueva sorpresa al incorporarse a otro espacio interior, el regalo de una escultura de gran for-

mato de Alexander Calder. La iluminación, hermosas artesanías, madera, piedra, el cambio de niveles, todo pensado hasta el último detalle. Todas las habitaciones con vista hacia patios interiores donde sorprende la gran tranquilidad y la paz que proporcionan la vegetación y los grandes muros de llamativos colores en medio del bullicio de la Ciudad de México. Ése fue uno de los edificios con los que México hizo gala de calidad, de presunción por nuestras raíces de la manera más digna y donde se alojaron los visitantes más distinguidos que acudieron a nuestras olimpiadas.

Otro ejemplo digno de citar es también el hotel de Ixtapa, Guerrero; edificio realizado con un profundo respeto por esa montaña en la que su arquitectura se desarrolla casi untándose, válgase el término, en su topografía y utilizando colores, texturas y vegetación que lo hagan mimetizarse con la misma. No una torre protagonista sino una serie de habitaciones en talud, todas con espléndida terraza y con la mayor intimidad, de manera que los huéspedes no pueden ver lo que sucede en las otras terrazas, por el contrario, la única vista es la del mar.

Nuevamente dentro de este edificio-talud encontramos los recursos con los que Legorreta enriquece los espacios abiertos y recintos cerrados, siempre mexicanos donde colores, texturas, artesanías y demás, se suman para el agrado del usuario. En esta ocasión, los recorridos al aire libre son senderos y escalinatas mimetizados con la vegetación para llegar a la playa, siempre son un paseo. Destaca en la playa una elegante y esbeltísima torre a la que a través de un puente es posible llegar a un ascensor para bajar a la orilla del mar.

“La remodelación de un edificio requiere modestia, saber reconocer el talento de otros y completar su trabajo...”. Este comentario lo refuerza la restauración de El Palacio de Iturbide en el Centro Histórico (1972), así como la reciente realización del Hotel Al-Najada en el que existen tres estructuras que, al decir de Legorreta, es importante respetar. Al respecto, sería imperdonable olvidar que su arquitectura ha traspasado nuestras fronteras hacia distintas direcciones del mundo.

Así, su interminable lista de proyectos solamente en nuestro país incluye: varias casas y conjuntos habitacionales entre ellos:

Casas habitación en: casa en Grecia (en construcción); Shfaim, Israel (2001); Casa Plata en Los Ángeles, California (2001); en Miami, Florida (2002); en Maui, Hawai (2002); Casa Cabernet en Santa Helena, California (1999); en Reno, Nevada (1999); en Zushi, Japón (1998); Beverly Hills, California (1998); casa en Barra do Una, Brasil (1998); en Sonoma, en California (1994); Casa en Los Ángeles, California (1994); Casa-Rancho Santa Fe en California (1987); Casa Montalbán en Los Ángeles, California (1985); Conjunto habitacional INFONAVIT “El Rosario”, México, D. F. (1976); etcétera.

Por otro lado, en otro género de edificios, solamente mencionaremos algunos:

Torre ejecutiva BBVA-Bancomer en colaboración con Richard Rogers (en construcción); Hotel Casa del Agua en Jejú, Corea del Sur (2012); Corporativo Terracota Cien en Santa Fe, D. F., México; Escuela de Diplomacia de la Universidad de George Town, Doha, Qatar (2011); Edificio de Posgrado de la Facultad de Economía (2010) Pabellón de México en la Expo Hannover, Alemania (2000), Edificio de oficinas El Roble en San José de Costa Rica (2000); Dormitorios de la Universidad de Chicago, Illinois (2000); Museo de Arte Contemporáneo MARCO, Monterrey, México (1991); Museo del Niño El papalote en México, D. F. (1994); Museo Children’s Discovery en San José California (1989); Edificio de oficinas y edificio IBM, ambos en Solana Dallas (1988); Edificio de Seguros América en Avenida Revolución, México, D. F. (1976); etcétera.

Su obra ha merecido una inmensa lista de premios y reconocimientos que seguramente no termina en esta fecha.

Al día siguiente de estar en la Facultad de Arquitectura se celebró la ceremonia de investidura de doctores *honoris causa* 2011, evento con el que la UNAM dio término a los festejos conmemorativos de su centenario como Universidad Nacional (1910-2010). Entre los doce investidos se encontraba precisamente el doctor Ricardo Legorreta a cuya investidura tuve el honor de acompañarlo ante el rector.

Una de las preguntas que hizo un estudiante al final de la charla “Raíces” del día anterior en la facultad fue: ¿qué es lo que había sentido al enterarse que sería distinguido con este doctorado?, a lo que Ricardo Legorreta contestó, entre otros comentarios:

Es una muy buena pregunta. Es una sensación muy particular, por un lado, —lo he estado platicando con mis amigos, no estoy diciendo cosas oficiales—, yo no creo en los genios, por consiguiente, no creo que yo sea un genio. Por otro lado, el que tu *alma mater*, el que tu gente

te reconozca, es una emoción bellísima. Entonces, se juntan las dos cosas, esa emoción del reconocimiento que es muy difícil de describir, porque te pasas toda la vida con una pasión, soy un tipo muy apasionado, es más, estoy convencido de que si no hay pasión en la vida, no vale la pena la vida. Te pasas toda la vida apasionado, trabajando y todo lo que quieras y llega un día en que tú no sabes ni lo esperas; y te avisan que te van a reconocer.

Esa sensación es bellísima y te crea el compromiso de seguir adelante. Sabes que no es tuya, sabes que es de un equipo, sabes que la compartes con mucha gente, afortunadamente; y por el otro lado es un reconocimiento y lo que siento yo ahora, —ya que estoy empezando a digerir que lo voy a recibir— cuando tenga mañana la toga, ya me la voy a creer. Es una cosa que me enseñó mi padre. Estos reconocimientos, siendo valiosísimos, siendo un aliciente, no son el objetivo de la vida. Entonces, hay que tener mucho cuidado con cómo afectan tu vida.

Entonces, yo tengo ahora esa sensación, toda revuelta de cosas bellísimas y al mismo tiempo, tengo la decisión y el convencimiento de que no me lo debo creer, porque no es mío y al mismo tiempo me cae fenomenal, es difícil. Todavía se vuelve más especial, cuando lo hace tu Universidad y cuando te lo hace, como dijo el arquitecto Tamés, la mejor Universidad del mundo, porque para mí el amor por la UNAM no se acaba nunca.

Entonces, cuando sucede eso, yo creo que lo que hay que hacer, desde luego, hay que celebrarlo y me da mucho gusto celebrarlo hoy con ustedes aquí y segundo, entender que es para mucha gente el reconocimiento y que significa que tienes que seguir dando y eso te ayuda a descubrir —como dije— que es mucho más bello en la vida dar, que recibir.

El ser humano no lo ha entendido, pero es mucho más bello dar que recibir. Yo, teóricamente, les estoy dando conocimiento a ustedes, pero ustedes no tienen idea de lo que yo estoy recibiendo de ustedes. Mucho más que eso. No sé si te contesté bien o te hice más bolas.

Quien hizo la pregunta respondió a su vez: “Me apantalla su modestia, porque yo a usted lo considero un genio, arquitecto”.

La respuesta con la que por cierto se cerró la conferencia fue:

“No, no existen. Existen los que trabajamos mucho, eso sí, *matado* sí he sido toda mi vida, eso sí”.

Días después, el 19 de octubre, Ricardo Legorreta estaba en Japón recibiendo de manos del príncipe Hitachi el *Praemium Imperiale* que otorga la Asociación de Arte de ese país desde 1989. Legorreta fue el artista 145 en recibirla, pero el primer mexicano en obtener este galardón.

Nunca arquitecto *divo* inalcanzable; por el contrario, siempre sencillo y accesible para con todos.